

Programa de Lengua y Cultura de Pueblos Originarios Ancestrales

Yagán

LA ALIMENTACIÓN YAGÁN

Contenido cultural

LA ALIMENTACIÓN YAGÁN

La identidad cultural no se construye solamente mediante prácticas culturales que trascienden la vida cotidiana (como la espiritualidad, la producción literaria, musical o plástica, como simples ejemplos), sino también a través de situaciones tan naturales y simples como la alimentación. Los actos de obtener, preparar y consumir los alimentos dan cuenta de esta construcción identitaria, pues involucra la relación con el entorno, las valoraciones personales y comunitarias, el compartir con otros, la representación de prácticas espirituales, entre otras consideraciones, lo que permite dar una significación cultural a la alimentación.

De acuerdo con los estudios acerca del pueblo yagán, ellos obtenían sus recursos alimenticios mediante la caza (lobos marinos, nutrias y guanacos), la pesca (mediante el uso de la cestería, **tstéapa** o **aestépa**) y la recolección (huevos, hongos y frutos silvestres). De esto se deriva que principalmente su dieta se basaba en el consumo de carne y de otros productos animales, dado que la geografía del sector en que se ubicaban ofrecía escasez de alimentos vegetales, pero el carácter canoero facilitaba la pesca y la caza.

Para la caza de lobos marinos, se utilizaban arpones y garrotes para golpearles la cabeza. De los lobos marinos, se obtenía carne y aceite. Con la ayuda de perros, cazaban nutrias y guanacos, que eran atacados con lanzas. Sin embargo, en algunos casos, el azar contribuía a la dieta yagán, cuando varaba alguna ballena entre varias familias la carneaban y esto permitía disfrutar durante varias semanas el alimento.

(Fuente: FUCOA. *Yagán. Serie introducción histórica y relatos de los pueblos originarios de Chile*. Marzo 2014.

Recuperado de: <https://www.fucoa.cl/que-hacemos/que-hacemos/cultura/pueblo-originarios/yagan/> Revisar páginas 38 – 39).

La alimentación del pueblo yagán se vincula asimismo con su espiritualidad; por eso, se propone la lectura de los dos fragmentos que siguen para establecer la relación entre la obtención del alimento con la creencia en un ser espiritual que aprueba y comprende la necesidad de matar ciertos animales.

Hax máka – juntar huevos

Tuvo que haber sido el mes de mayo, me acuerdo, un invierno nos fuimos con mi abuelo. Me acuerdo que nosotros fuimos esa vez con mi abuelo. Él decía –Vamos a ir a Punta Lobo, vamos a ir a matar guanaco–.

Yo le tenía miedo a los guanacos. Hay una punta igual que acá en puente Chanchito. Tú ves una puntilla así y monte, allá en Punta Lobo también era así.



Llegamos allá y mandó él a los perros, agarró un palo, vinieron corriendo los guanacos y él le manda un garrotazo a pura cabeza del guanaco, cayó guarda abajo y lo agarró al tiro y lo carneó. Yo llorando porque tenía miedo a los guanacos. Y él se enojaba conmigo –Ya estás llorando tú, por qué–
Yo le decía –Tengo miedo a los guanacos–, –¿Miedo? Luego lo va a estar comiendo usted esto–. Gordos en el mes de mayo. Listo a las brasas comíamos carne, es igual que carne de vacuno.

(Fuente: Zárraga, Cristina (2016). *Cristina Calderón Memorias de mi abuela yagán*. Punta Arenas: Ediciones Pix, pp. 132 – 133).

Con mi abuelo Halpenš

Estando con mi abuelo anduvimos navegando íbamos a Punta Lobo a comer carne de guanaco, por las islas íbamos a juntar huevo y eso comíamos. Y así andaba yo con mi abuelo.

Esa vez nos fuimos a una isla en Ushuaia, tuvo que haber sido el mes de febrero, estaban los pichones recién naciendo, pichones de gaviotines.

Así que llegamos a la isla y ellos empezaron a matar los pichones, la abuela Julia y él. Los agarraban de las patitas y pam! En la piedra y agarraban otro y dele.

–Ay– Le dije yo a mi abuelo, –por qué lo matan pobrecito.

–No–, me dijo él, –no se dice pobrecito porque es para comer, esto no es para matar y tirarlo, uno lo mata para comer–. –Estos pájaros **Watauinéiwa** los hizo para comer y para comer se mata y él perdona–, –no tiene que decir usted pobrecito, porque ahora la abuela los va a limpiar y a cocinar y tú lo vas a comer. A la comida no le puede decir pobrecito, porque eso es para que el alimento a usted–.

–Así que ahora va– y me dio una soguita,

–y vas matando y lo vas atando con esta soguita los cogotitos, todos los cogotitos–

Así que pucha, me puse criminala. Iba yo y agarraba un pichón y le mandaba, y otro, tremendo atado de pichones.

Después salimos de esa isla y fuimos a otra. Así que ahí hicimos una fogata la abuela y yo. Yo también ayudaba a limpiar los pichones a sacar las plumas, y a la olla. Tenía una olla de fierro chiquita, agua salada y lo puso a hervir. Después los sacó todos y los dejó encima de la leña todo, había leña amontonada, nada que mesa ni plato ni nada, encima todo, que estile el agua y a comer.

–Ahora está tibio– me decía, –coma ahí–,

Y esos pichones quedaban así chiquititos cuando uno los cocina enteritos.

Y comimos nosotros. ¡Oye, qué ricos! Ese era el almuerzo.

(Fuente: Zárraga, Cristina (2016). *Cristina Calderón Memorias de mi abuela yagán*. Punta Arenas: Ediciones Pix, pp. 19 – 20).

